

Goethe recogido por Eckermann (Lecciones universales de grandes alemanes)*

Leopoldo Chiappo
Universidad Peruana Cayetano Heredia

Dentro de la perspectiva de lo que el autor denomina lecciones universales, los grandes pensamientos que de las conversaciones con Goethe pudo recoger Eckermann constituyen enseñanzas sobre lo que puede llamarse sabiduría de la vida, y también orientaciones para el diseño de una humanidad más alta, espiritualmente. El artículo contiene, además, información sobre quién era Eckermann y una serie de lecciones goethianas que van desde una profunda intuición metafísica hasta asuntos prácticos y concretos.

Within the perspective of what the author calls "Universal lessons", the great thoughts of what Eckermann recalls from the conversations with Goethe become teachings on what we could call life wisdom, and also advise for the design of a spiritually higher mankind. The paper contains, as well, information on Eckermann and a series of Goethian lessons that range from a deep metaphysical intuition to more practical and concrete affairs.

Denomino lección universal a aquella reflexión y enseñanza que de alguna manera significa una elevación del nivel de conciencia espiritual y de ennoblecimiento de la experiencia psíquica, una intensificación del conocimiento reflexivo de las condiciones de la existencia humana auténtica y de la forma de crecimiento y sublimación de la vida y de la historia del hombre en cuanto tal. Más que de conducta y de cuestiones morales lo que interesa es el afinamiento, la riqueza, la intensidad y la dirección de la conciencia humana en relación a los valores transvitales.

Se trata de lecciones de significado y trascendencia universal en tanto tratan del hombre en su nivel de humanidad misma, independientemente de las características concretas y diversas de los hombres según sus condiciones nacionales, étnicas, ideológicas o clasistas. Las denominamos lecciones en cuanto son pensamientos, experiencias, actitudes, intenciones y estilos de ser hombre, que por su nobleza y elevación axiológica constituyen incitaciones para una vida superior y más humana.

Y consideramos como grandes alemanes a aquellos que habiendo nacido en Alemania o pensado y escrito su obra en alemán, insertos en la tradición histórica alemana, constituyen *el tesoro de los creadores* en la teología, en la filosofía, en la literatura y en el arte. En el caso de la ciencia se toma en cuenta el impacto del trabajo científico en la concepción del mundo, del hombre y de la vida o en cuanto abre problemas de fundamentación filosófica. Lo que interesa es destacar en ellos lo que hay de *sabiduría de vida*, lo que tienen de característicamente humano en el más alto nivel de posibilidad de realización del hombre mismo. En suma, se trata de penetrar en las lecciones de vida de los grandes pensadores alemanes, lecciones de alta vida para toda la humanidad.

Y esta serie que empieza con Goethe circunscribe a aquellas, a mi juicio, elevadas lecciones que pudo percibir y consignar a su modo Eckermann, recogidas en su libro de conversaciones con Goethe. Tenemos

* Dedico este trabajo a Juan Bautista Ferro, maestro sanmarquino, amigo fuerte, filósofo y hombre recio, de amplísima mentalidad y versado universalmente a la manera goethiana, con respeto y admiración.

que ser muy conscientes en nuestra mente del hecho de que Goethe, como sus similares magnánimos, era una fuente brotante de pensamientos trascendentes, los que según el testimonio de Eckermann, no sólo transcurrían constantemente de manera silenciosa, sino que eran verbalizados, siempre con mucho entusiasmo y voluntad comunicativa, pero que no podían ser todos cabalmente registrados. Es entonces que uno piensa que muchas riquezas fluyentes de esta, en verdad riquísima, fuente brotante que era Goethe cayeron en la nada o tuvieron la fortuna de ser recogidos, de manera cabal o fragmentaria y luego registrados por un gran testigo atesorador de riquezas espirituales, Eckermann. Y es por eso que llamo a esta exposición *Goethe recogido por Eckermann*. Y de esto se trata, precisamente: un hombre genial en el espíritu y en la palabra es, por eso mismo, un emisor de riquezas, y si no hay interlocutor válido, o si esas riquezas no son registradas en la obra misma o en testimonios escritos, se pierden porque caen en la nada o en el olvido, que es lo mismo, porque nada ni nadie las ha recogido. Pienso en Eckermann como recogedor, humilde, fiel y muy inteligente y receptivo, un recolector excelente de las riquezas espirituales goethianas de valor trascendente y universal. En cambio su ayudante, el buen Stadelmann, con el cual Goethe, tan inalterable y sereno, a veces se impacientaba o, por decir, el gran duque y la gran duquesa de Weimar, seguramente no nos habrían dado sino pequeñas monedas corrientes extraídas apenas de ese gran tesoro de monedas de oro que era el espíritu y la mente de Goethe.

Desde mi perspectiva enfatizaré y estudiaré aquellas sustanciales riquezas que se refieran a los altos niveles psico-espirituales de la experiencia humana como una propuesta de auténtica humanización del hombre, vale decir, aquello que significa para la crianza anímica del hombre superior.

Quién es Eckermann

Evidentemente, debemos explicar primero quién es Eckermann, sobre todo enfocándolo como lo que creo debe llamarse *el milagro humano y cultural Eckermann*. Es extraordinariamente interesante describir, aunque sea en resumen esencial, la trayectoria biográfica de Eckermann que va desde su nacimiento hasta su encuentro con Goethe

y de esa profunda y larga amistad, de lo cual da testimonio amoroso y serio su libro. En este libro de conversaciones con Goethe, Eckermann registra casi día por día, año tras año, a lo largo de nueve años, hasta la muerte de Goethe, tanto la primera impresión viva de su encuentro con el maestro, los aspectos casi fotográficos de su manera de conducirse, semblante y expresiones, como las ideas espontáneamente generadas o con ocasión de preguntas y averiguaciones del propio Eckermann o de algún visitante en la larga estancia en la corte de Weimar y en la intimidad de su gabinete de trabajo, o en las horas de las comidas, o paseos en carruaje o a pie, en bellas excursiones por la campiña de los alrededores o más allá.

El libro se denomina *Eckermanns Gespräche mit Goethe, in den letzten Jahren seines Lebens*, y lo he estudiado en una autorizada edición de la Editorial Insel. Hay una traducción castellana por J. Pérez Bances editada en: Madrid, Colección Universal, 1920, con algunos lamentables errores de imprenta en los nombres propios citados y cuya traducción aceptable requiere afinamientos que hacen indispensable tener ante los ojos el texto alemán.

El mismo Johann Peter Eckermann nos dice en la *Einleitung*, —destinada a dar noticia de su persona y de su ascendencia y del origen de su amistad con Goethe— que nació a principios del año 1790. Es decir, veinte años después de Beethoven, cincuentiún años más tarde que Goethe, quien nació en 1749. Su lugar natal fue una pequeña aldea, Winsen, situada entre Hamburgo y Luneburgo. Su procedencia era profundamente rural y muy pobre. Vio la luz ciertamente en una cabaña (*und zwar in einer Hütte, die man wohl ein Häuschen nennen kann*), que tal es el nombre que debe darse a la casita compuesta de una sola habitación, donde se hacía el fuego, y en cuya puerta de entrada había una escalera de mano por la cual se subía al granero. Se trata de un hombre de extracción muy pobre, de condición humildísima, pastor de ovejas, aldeano circunscrito en un limitado mundo rural, un campesino inicialmente iletrado hasta los catorce años, que llega a ser confidente, testigo e interlocutor inteligente, sensible y leal de uno de los hombres más sabios, universales y profundos de la historia del animal humano y la gloria más alta y luminosa de Alemania, equiparable a Dante en Italia y a Shakespeare en Inglaterra.

¿Cómo pudo darse este milagro? El encuentro con Goethe fue en Weimar, residencia permanente de Goethe, el martes 23 de junio

de 1823. Eckermann tenía treintaitrés años cumplidos y unos cinco meses y Goethe setentitrés años, con nueve meses y veinticinco días. En síntesis se trata del encuentro de un joven maduro y de un anciano, en el caso de Goethe, luminosa y festivamente otoñal. No puedo contar el detalle de esta increíble historia de pasar de pastor de ovejas a interlocutor selecto y ordenador crítico de la obra de Goethe, por encargo del propio maestro. La relación fue, se podría decir, de ocho años, nueve meses y doce días, casi nueve años (desde el 10 de junio de 1823, fecha del encuentro, y el 22 de marzo de 1832, fecha de la muerte de Goethe). En la *Introducción* del mismo Eckermann puede encontrarse la peripecia completa. Sólo quiero mencionar dos momentos culminantes: el primero a los 14 años el adolescente Johann Peter se fija en una caja de tabaco que el padre, como vendedor ambulante en la aldea rural, ha traído de la gran ciudad, Hamburgo. Mientras el padre cuenta a la familia las vicisitudes de su viaje de pequeño comerciante ambulante Johann Peter está cautivado por la imagen de un caballo puesto como etiqueta de la caja y lo dibuja con tal perfección que, habiéndolo notado el padre, así se descubre su talento. Esto llega a oídos del párroco, del alcalde y de los notables de la aldea y entonces comienza su educación letrada y surge la idea de enviarlo a Hamburgo a que estudie pintura con maestros de arte y se forme como pintor. Pero lo disuadieron diciendo que el oficio de pintor no sólo era muy sucio sino muy peligroso, porque habían oído que en Hamburgo los edificios eran hasta de siete pisos y cayendo podía uno romperse el brazo o una pierna, lo que le hizo a Johann Peter perder “el deseo de serlo” —dice—, y agrega: “rechacé de mi ánimo la oferta del buen alcalde” de la aldea. Tal el nivel de ilustración que rodeaba la infancia y la adolescencia de Eckermann, quien tampoco discernía mucho la diferencia entre un pintor de brocha gorda y un artista, según propia confesión.

Pero este incidente del caballo fue la primera piedra de la edificación de su destino, pues de allí se le alfabetizó y se le apoyó para que estudiara en la universidad derecho y luego literatura. El segundo gran momento fue cuando, años después, envía su trabajo “Contribuciones al estudio de la poesía” a Goethe y decide ir a visitarlo. Goethe lo recibe y rápidamente lo “diagnostica” espiritualmente y decide retenerlo consigo para que revise y le organice sus manuscritos. La impresión que, por su lado, Johann Peter tuvo de Goethe fue tremendamente rica y significativa. El mismo lo dice: “¡Tenía una figura soberbia!

La impresión fue sorprendente”. En alemán escribe: “eine erhabene Gestalt” (lo cual implica sublime, imponente, grandiosa, elevada figura, estructura, porte superior) y también “Der Eindruck war überraschend” (una impresión tan rápida como sobrecogedora, por lo inesperada, más de lo que uno podía suponer). Hace recordar la impresión y la exclamación de Napoleón cuando vio aparecer a Goethe en la corte: “¡Voilà un homme!” Indudablemente el águila imperial, el ave de rapiña, el amo de Europa, quedó impresionado por la presencia ejemplarmente humana de Goethe. Napoleón debió haber sentido un escalofrío. Es el ave de presa, el ávido dominador del mundo, ante la presencia noble y amorosa del hombre que tiene el señorío inteligente que da, no la posesión ambiciosa del poder político, siempre transitoria y violenta, sino la amplia comprensión del mundo, la mente contemplativa, universal. Son dos variedades contrapuestas de la naturaleza humana, aquella de la dominación y la administración política de la gente; y la otra, la de la libertad y de la contemplación superior. Es el sabio, Goethe, hombre de paz y armonía; y el político, Napoleón, el guerrero. Y son dos formas de aprehender el mundo: la una política, militar, cruenta, vale decir, dominadora y posesiva; la otra, la de la sabiduría que toma posesión intelectual del mundo para liberar su belleza y su significado, la posesión desapegada, la posesión sublime de la visión artística, científica, un acercamiento reverencial al mundo, sin profanación, sin sangre. Napoleón domina el mundo y aplasta a los hombres, Goethe ilumina el mundo y libera a los hombres.

Y continúa Eckermann: “Pero hacía desaparecer inmediatamente todo embarazo por la afectuosidad de sus palabras” (“durch die freundlichsten Worte”). Y este es el hombre del cual la fuente de sabiduría manaba, Johann Wolfgang Goethe; y este es el hombre que recogía y trataba de que no se perdiera nada de tan rico manantial de pensamientos sublimes y de valor universal, Johann Peter Eckermann.

*Lecciones goethianas:
El misterio del origen de la existencia*

Asombra que un hombre tan abierto, racional y elocuente, un hombre tan luminoso, tan dado a la luz como Goethe, un verdadero artista de la palabra que es iluminación de la experiencia, tuviese una

sensibilidad tan fina para lo enigmático, lo irracional, lo íntimo y cerrado, lo oscuro e inefable, como la concepción de lo que llama “Las madres”, que aparece en el *Fausto* y que es admirablemente recogida por Eckermann así: “Goethe exclama *Die Mütter! Die Mütter!* —*es klingt so wunderbar!* (“¡las madres, las madres, suena tan extraño, raro, misterioso, *wunderlich!*”). Y observando que en la antigüedad griega, según ha leído en Plutarco, se consideraban a las *Müttern* como divinidades (*Gottheiten*) le encarga a Eckermann estudie el asunto y vea qué saca de eso. Me parece que ésta es una lección goethiana profunda y que las palabras de Goethe, dichas con una inefable expresión y entonación, indujeron a Eckermann a penetrar en la profundidad de tan misterioso pasaje y concepción enigmática, pero fundamental, del *Fausto*. Se trata de los principios generadores de la existencia: “Perseverando así en eterna penumbra y soledad (*in ewiger Dämmerung und Einsamkeit*) las madres —dice Eckermann interpretando las palabras y la inefable expresión de Goethe— son seres creadores, son el principio creador y elevador (*das schaffende und erhaltende Prinzip*) del que sale cuanto en la superficie de la tierra tiene figura y vida” (*vom dem alles ausgeht, was auf der Oberfläche der Erde Gestalt und Leben hat*) (10 enero 1830). En esa misma reunión Goethe, luego de la comida, había leído de manera impresionante la escena en la que Fausto va a ver a las *madres*. Es la profundidad misteriosa del enigma del origen subyacente y eterno de las cosas, la extraña emergencia al ser de los existentes. Yo propondría resumir así: las *madres* son las que llevan dentro de sí el embrión del universo y de la permanente renovación de las formas que en el universo aparecen. Esta concepción de las *Müttern* indica el signo de la sabiduría de un hombre y en especial de Goethe: la sensibilidad para el enigma en relación con el origen. Se trata de una lección universal de suprema sabiduría. Es una lección sobrecogedora, fundamental. Es preciso entender no sólo las palabras sino el tono de voz misterioso y único con que Goethe las pronunció y que con fineza recogió Eckerman y nosotros recibimos.

Realismo: la condición humana

Frente a esta lección magistral de nivel metafísico podemos observar el contraste con otra que se relaciona con los hombres, con el tiempo y con la historia, con el porvenir, que de algún modo es nuestra actualidad.

De este modo se puede vislumbrar el amplio abanico mental de Goethe, desde el misterio metafísico del origen, topando con los límites de lo que Honorio Delgado llamaba lo *arcano*, hasta el *hic et nunc* de la condición humana. Goethe expresa esta preocupación: “Lo que en los próximos años haya de suceder, no puede predecirse; pero me temo que no alcanzaremos muy pronto el sosiego (*wir kommen nicht zu Ruhe*)”. El mundo no puede conseguirlo (“Es ist der Welt nicht gegeben”, “no le es dado al mundo”); Goethe es lúcido respecto de los límites del *mundo*, entendido como el mundo humano y sus bajos intereses, lo que puede llamarse la *mundanidad*; los grandes no lograrán impedir que haya abusos de poder y la masa no se conformará de su insuficiente condición en espera de mejoras lentas. Si pudiese hacerse perfecta, plena, a la humanidad, también se podría llegar a una organización perfecta, pero como no lo es, las cosas seguirán inestables y mientras una parte de la humanidad sufra y la otra viva muy bien en el bienestar, el egoísmo y la envidia, como demonios estarán siempre moviendo el juego, y la lucha de los partidos no acabarán nunca. Esto se lo dijo Goethe a Eckermann el miércoles 25 de febrero de 1824, hace más de ciento setenta años y resulta profética si vemos lo actual.

Mefistófeles y la inflación económica

Otra enseñanza goethiana de actualidad es el origen mefistofélico del lanzamiento multiplicador del dinero mediante el papel moneda, los daños consiguientes y su aplicación a la realidad, como lo hace notar Eckermann en la entrada del domingo 28 de diciembre de 1829. Y no se diga la lúcida denuncia de lo “público”, como la instalación de las exigencias de la colectividad invasora de la espontánea intimidad de la vida interior. Exclama Goethe: “Déjeme usted en paz con el público (*das Publikum, von dem ich nichts hören mag*). No quiero saber nada de él. Lo principal es que la obra esté escrita, que el mundo se comporte con ella tan bien como pueda y que le aproveche tanto como sea capaz” (domingo, 20 de diciembre de 1829). Goethe aquí da la lección magistral sobre la necesidad de mantener la independencia interior, desdeñando la presión de lo público y con ello lograr contrarrestar la deletérea influencia, evidente en su tiempo y creciente en el nuestro, de la masificación de opiniones, de la trivialización o postergación de lo serio, trátase del *eros* o de la creación espiritual,

del achatamiento de la espontaneidad de la vida interior por una servidumbre a los imperativos de los gustos colectivos, conformados en parte, y en parte transmitidos por la hipertrofia de los medios de comunicación y el gigantismo brutal de la vías imaginales de impacto sobre las masas.

Concepción dinámica y estructural

Pero no sólo la actualidad, litigiosa condición humana, papel moneda mefistofélico o masificación de lo público. Hay una lección profundamente importante y actual respecto a las características fundamentales de la aproximación del hombre a la realidad y de enorme importancia para la ciencia: dinamismo, estructura, forma acuñada que se desarrolla, fluencia, funcionalidad frente a la aproximación estática, sustancialista, elemental, atomizante. Nos ha dado así, me parece, los instrumentos conceptuales con los que hoy se enfrenta a la realidad en las diferentes ciencias y que parecen ser válidos permanentemente. Si hoy se habla de “matemática de fractales” (Mandelbrot), manera de matematizar las irregularidades de lo real inadecuadas al regularismo artificial de la matemática tradicional, si hoy se habla de un “caos ordenado”, nada contradice la visión armónica y armonizante con la que Goethe nos ha enseñado a experimentar la vida. Hay en esa afabilidad serena y sonriente de la actitud de Goethe la lección fina para ver y comprender las complejidades contradictorias, la necesidad y el absurdo de los hombres, el egoísmo y la envidia demoníacas que originan sus desgracias y sus mezquinas limitaciones. En todo caso la visión estructuralista, dinámica y evolutiva es la gran lección que ha dejado Goethe para la ciencia.

Lección de psicología educativa para padres y maestros

En la psicología educativa de Goethe se encuentra una sentencia fundamental: “Si tratas a los hombres como son, los haces peores de lo que son; si los tratas como debieran ser, los conducirás a donde deben ser llevados”. Esto tiene una aplicación fundamental no sólo en la psicología cotidiana de las relaciones humanas, sea en el hogar, en los centros de trabajo o en la vida social, sino también en la educación

de los niños y de la juventud en las instituciones educativas. Generalmente el hombre suele responder a las situaciones creadas por el comportamiento ajeno de manera primaria, espontánea, adaptándose pasivamente, o sea actuando bajo prejuicios, ojeriza o cualquier óptica subjetivista de origen pasional o instintivo. Si se trata de la violencia, por ejemplo, de la agresión, la actitud que se toma lleva a más violencia y a más agresión. Es que tratamos a los hombres agresivos como son. Goethe nos enseña a pensar positiva y constructivamente de manera que veamos en la persona agresiva, más sus frustraciones y amarguras y su necesidad de estima y de aliento obligándonos así a tratar a los hombres bajo la luz de lo que pueden o podrían llegar a ser. Esta máxima es fundamental para una educación y una psicagogía orientada por los valores del espíritu y no supeditada a la pasión, a la codicia o a la voluntad de poder. La máxima goethiana se dirige a desarrollar en el hombre una estimativa ampliada y animada por la espiritualidad que ennoblece al hombre y que por eso trasciende una mentalidad constreñida por los apremios de la vitalidad, es decir, la seguridad, el placer y el dominio.

Lección psico-somática

Hay en Goethe una evidente elevación de la estimativa de los valores y del estilo de vida erguido hacia lo superior y espiritual. Una receta sencilla de superación anímica respecto a la gravedad material del cuerpo y a lo que puede la fuerza espiritual para proteger y conservar las funciones somáticas, adelantándose a lo que ahora se llama “medicina psicosomática”. Se encuentra en estas palabras: “Es increíble —dijo Goethe— lo mucho que el espíritu puede hacer para la conservación y sustento del cuerpo (*wieviel der Geist zur Erhaltung des Körpers vermag*). Yo sufro a menudo dolores de vientre; pero mi energía espiritual de voluntad (*der geistige Wille*) y las fuerzas de las partes superiores de mi cuerpo me sostienen (*die Kräfte des oberen Teiles halten mich in Gange*)” —es decir, me ponen en camino, me hacen andar, no las piernas sino el espíritu, las partes superiores del cuerpo, la mente, la cabeza, diríase. Y concluye: “¡El espíritu no debe ceder al cuerpo! (*Der Geist muß nur dem Körper nicht nachgeben!*)”.

Maravillosa lección de acuciosidad

Lección importante es la acuciosidad y entrega total que pone Goethe en todo lo que hace, incluyendo las cosas más nimias. Eckermann lo observa en la forma con que acomete, por ejemplo, la redacción de sus cartas. Comenta: "...en cada línea se revela la superioridad de su naturaleza y lo acabado de su saber". Y en estas cartas también observa Eckermann la inmensa variedad y universalidad de los intereses de Goethe al tener la tarea de seleccionar cuáles cartas y qué partes deben ser eliminadas o mantenerse para la publicación. Y se encuentra con que casi nada puede suprimir pues en cada carta siempre hay muchas cosas trascendentes y que pueden ser interesantes para "el gramático, el biógrafo, el filósofo, el ético, el naturalista, el artista, el poeta, el académico, el actor y así indefinidamente..." Creo que todos los intereses superiores y objetivos, trascendentes están en la omni-abarcante mentalidad de Goethe. Esta es una suerte de lección para nuestro tiempo de especialistas tubulares, expertos en un fragmento reducido de la realidad y carentes de un amplio marco de referencia, verdaderos bárbaros tecnificados, constreñidos por la utilidad y la ganancia de un mundo que, tentadoramente, gratifica con dinero y bienes, excluyendo ese noble sentido de curiosidad y asombro, esa alta veneración y sentido del enigma frente a la maravilla de la naturaleza y que encarna Goethe y que respetuosa y lúcidamente ha recogido Eckermann. Es esta lección un arte de vivir en el que el tiempo es revelación y no solamente dinero, la medida del profesional de nuestro tiempo.

Clasicismo y romanticismo

Goethe, según el testimonio de Eckermann, confiesa que en sus conversaciones con Schiller, surgió la diferencia entre "Klassizismus und Romantizismus", estilos de literatura y arte en los cuales destaca el predominio de la objetividad o de la subjetividad, respectivamente. Con esto vemos la lección universal que ello representa como aporte de categorías básicas para abordar la creación artística y literaria. "Los conceptos de poesía clásica y romántica (*Der Begriff von klassischer und romantischer Poesie*) —prosiguió Goethe— que ahora corren por el mundo entero y que originan tanta discusión y tanta discordia, provienen originariamente de mí y de Schiller" (en este orden lo dijo).

Lección sobre la inutilidad de los consejos

Precisa recoger un buen consejo de Goethe sobre el aconsejar a los otros. Nos dice: “[Como] El aconsejar a otros es cosa muy delicada cuando se ha visto cómo en el mundo fracasan las cosas más razonables y llegan a menudo a feliz término las más absurdas, se renuncia a dar consejos a nadie”. Y concluye: “En cuanto a mí, si alguien me pide consejo, le digo que estoy dispuesto a dárselo; pero únicamente con la condición de que me prometa no seguirlo.” Esto no sólo es recomendable para psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos, sino también para las comisiones consultivas técnicas a las que contratan gobiernos y organismos internacionales y cuyo dictamen, vendido a altos precios y sueldos, no sirve para nada, sea porque no se adaptan a la realidad, sea porque al gobierno interesado no le conviene o sea porque por proverbial negligencia se archiva en el más triste y polvoriento olvido.

Periodismo, selección y vulgaridad

Goethe se alarma acerca del auge que en su tiempo ha logrado “la facilidad de extender por todas partes el error gracias a la imprenta”. Es pues de plena actualidad la advertencia goethiana sobre los peligros de la difusión masiva de ideas deletéreas. Se consuela Goethe diciendo: “Lo único que me consuela es que a quien posea un verdadero talento (disposición o inclinación para lo grande) no puede extraviarse o pervertirse.” Sin embargo, hay que pensar que las mayorías y el término medio de hombres recibe la venenosa influencia y con ello crean el clima mental, axiológico y cultural de bajo nivel en el cual desgraciadamente tienen que vivir los que tienen disposición para lo grande, intoxicados y desadaptados a una realidad infame. Y esto por culpa de los medios de comunicación masiva cuyo peligro vislumbró Goethe ya con la imprenta. Y esto es verdad precisamente por lo que el mismo Goethe afirma: “No basta tener talento para enriquecerse de información, hay que vivir en un ambiente elevado...”. Y afirma fuertemente: “Todo lo que es grande e inteligente reside en la minoría. No es posible que la razón llegue a ser popular. Pueden serlo las pasiones y los sentimientos; pero la razón siempre estará en poder de algunos hombres distinguidos” (12 de febrero de 1829). En Goethe hay un fino sentido de lo selecto. Su entusiasmo, por ejemplo, cuando recibe la

visita de Alexander von Humboldt y que Eckermann registra en su entrada del lunes 11 de diciembre de 1826: “¡Qué hombre! —exclama Goethe—. A pesar de que le conozco hace mucho tiempo me asombra cada día de nuevo. Puede decirse que no hay quien le iguale en conocimientos y en saber vivido” (obsérvese la importancia de tener no sólo “conocimientos” —*Kenntnisse*— sino también “saber vivido” —*lebendiges Wissen*—, la grandeza de poseer ambas cosas, ciencia y sabiduría, gran lección goethiana sobre lo que es excelencia humana). La expresión de Eckermann es textual: “Man kann sagen, er hat an Kenntnissen und lebendigem Wissen nicht seinesgleichen.” Más todavía, Goethe considera en Humboldt una característica esencial de la inteligencia como apertura de la mente en tanto que abarcar y considerar una multiplicidad de direcciones, vale decir, lo multifacético, no sólo por los intereses intelectuales variados sino por la capacidad de considerar los diversos lados de una cuestión o de una realidad. La palabra de Goethe que recoge Eckermann es muy expresiva: “eine Vielseitigkeit”. Y entusiasmado Goethe de ser receptor de enseñanzas exclama: “Cualquier punto que se toque, él está en todo en casa y nos cubre con tesoros espirituales (*Wohin man rührt, er ist überall zu Hause und überschüttet uns mit geistigen Schätzen*). El es como una fuente de muchos caños”. No es extraño que después de su conversación con Alexander von Humboldt, esa mañana Goethe se encontrara alegre y con una disposición de ánimo muy estimulada, emocionado. Eckermann afirma: “Ich fand Goethe in einer sehr heiter aufgeregten Stimmung”. Y la explicación la da el mismo Goethe: “Alexander von Humboldt ist diesen Morgen einige Stunden bei mir gewesen”. Es la experiencia muy aleccionadora de lo estimulante y al mismo tiempo fuente de alegría y serenidad gloriosa del espíritu al trato con mentes superiores que uno se hace capaz de admirar y celebrar. Una lección magistral de las relaciones humanas selectas. Además, se trata de un retrato de Humboldt, pero también es un autorretrato del propio Goethe, y en general, es el retrato modelo del hombre cabal, superior, el que nos propone. Y esto en vistas a la correspondencia de hombres que experimentan la vida en función de valores superiores.

Lección sobre nobleza y amargura

Y el secreto en esta grandeza humana es vivir con soltura, con

ausencia de obstáculos y constricciones subjetivas y pretensiones ego-céntricas, con libertad de ser sí mismo y con flexibilidad e inspiración de desarrollo, en suma, nobleza de ser. En suma, se trata de lograr la “forma acuñada que viviente se desarrolla”. Es lo que Goethe expresó en *Urworte-Orphisch* de manera maravillosa para, me parece, referirse a un noble y alto proyecto y realización de vida. Dice así: “... So musst du sein, / dir kannst du nicht entfliehen, / so sagten schon Sibyllen, so Propheten; / und keine Zeit und keine Macht zerstückelt / geprägte Form, die lebend sich entwickelt”. Traducción: “... Así pues debes tú ser [es preciso que tú seas] / de ti [mismo] no puedes tú escapar, / ya lo dijeron las sibilas, los profetas; / y ningún tiempo ni ningún poder destrozan / la acuñada Forma, la que viviente [viviendo] se desarrolla”. La nobleza de una vida elevada consiste en desarrollar viviendo la viviente acuñada forma intrínseca del propio ser, y que es tu santa obligación, ya designada por altas potencias, y que ningún tiempo adverso ni ningún poder, por grande y sobrepujador que sea, destrozan, pueden hacer añicos. La vida innoble o simplemente corriente y ordinaria no tienen el tesoro de una forma acuñada de ser, son vidas amorfas, informes, y su tiempo y los poderes extrínsecos hacen de esa vida sin sentido ni rumbo, sin forma acuñada, sin *telos*, una sinuosa trayectoria, trajinada ora por aquí ora por allá, sin un elevado valor por el cual existir. Es una vida esclava del azar y de los factores externos. El tiempo ordinario no vale nada, por eso se desperdicia. Se llena la conciencia con contenidos neutros que sirven para matar el tiempo. Una vida noble llena de plenitud y significado el tiempo vivido. Una vida noble se construye libremente, desde el fondo de uno mismo, como crece el árbol. Desde su propia fuerza usa los recursos del medio para su propio crecimiento, floración y fructificación. Incluso los rayos de sol, divinos, son aprovechados para llenarse de dulzura (glucosa) y dar en cambio respiración a los demás, al mundo (oxígeno).

El hombre “noble es libre, precisamente por respetar (*verehren*, “respetar, venerar, adorar”) algo que nos es superior. Pues al respetarlo nos elevamos hasta él, y nuestro acatamiento demuestra que llevamos en nosotros lo elevado y que somos por tanto dignos de ello”. Esto nos permite comprender la enorme capacidad de admiración de Goethe, su felicidad cuando, como hemos visto, recibía a Alexander von Humboldt y personas similares. Es todo lo contrario de lo que llamo “iconoclastas”, seres amargados incapaces de reconocer lo grande y superior y siempre

prestos a denigrar y encontrar defectos hasta en lo perfecto. Esto está precisamente registrado por Eckermann: “Hay gentes —dijo Goethe— [...] que no saben lo que quieren y están poseídas por la manía de protestar contra todo lo grande (*alles Grosse zu frondieren*). Esto no es oposición, es pura Fronda [movimiento violento del populacho contra el cardenal Mazarino]. Necesitan algo grande que poder odiar (*Sie müssen etwas Grosses haben, das sie hassen können*)”. Espléndida captación goethiana del resentimiento, suerte de estado mental colectivo de odio a toda grandeza, de rebajamiento de todo lo noble y bello, y que envenena y corroe el alma de las gentes y juventudes de nuestra época, nihilista e iconoclasta. Y esto se ve incluso en las doctrinas filosóficas y científicas cuya tendencia es la nivelación del hombre por lo bajo, tanto en el terreno de la antropología fundamental como en la prédica social. Hay odio y calumnia de todo lo superior y espiritual. La gente se pone feliz cuando encuentra una explicación minimizante, gratificándose así en su envidia y resentimiento. Qué lección por el contrario nos da el gran Goethe. Es la diferencia entre la forma de vida y lo deforme.

La muerte y la supervivencia: actividad

Hay, por último, un punto crucial en la vida humana, es la actitud final y radical del hombre frente a la muerte y a la eternidad. Goethe enseña lo siguiente: “El hombre debe creer en la inmortalidad, tiene derecho a ello, es conforme a su naturaleza y puede hacerlo confiado en enseñanzas religiosas. Pero el filósofo que para demostrar la inmortalidad de nuestra alma tiene que acudir a una leyenda, no da muestras de gran fortaleza mental. La convicción de nuestra persistencia deriva para mí del concepto de actividad (*entspringt mir aus dem Begriff der Tätigkeit*); pues si yo sigo obrando incesantemente hasta el final de mi vida, la naturaleza está obligada a suministrarme otra clase de existencia cuando mi espíritu no pueda ya soportar la actual” (4 de febrero de 1829, Goethe tiene 79 años y seis meses cumplidos y está en la plenitud de su salud mental y física). Estas palabras pertenecen al mismo hombre que cambió las palabras evangélicas en estas: “En el principio fue la acción”. A lo cual podría agregarse: “Y en el fin y más allá del fin, también la acción”. Goethe es el precursor y

configurador del activismo dinámico que predomina en nuestro tiempo, universalmente. Pero eso sí, con grandeza creadora amplia y amorosa, y no con el inmediatez práctico y utilitario, que es la deformación de la lección goethiana, deformación que es lo frecuente en la actualidad. La palabra es también acción, noble.

El encanto de tratar con la grandeza humana

Es interesante el entusiasmo y la intimidad con que Eckermann inicia las entradas diarias de sus encuentros con Goethe. Es un ambiente de amor, de amistad, de cariño, de confianza y sinceridad, y de verdadera euforia y encantamiento. Y así encontramos entradas como ésta: “Bei Goethe zu Tisch in den heitersten Gesprächen...” Y diversas variantes que expresan el ambiente cordial y feliz, estimulante, maravillosamente admirable. “Con Goethe a la mesa en las más alegres conversaciones...” Independientemente de los contenidos de lo que se hablaba, siempre, como estamos viendo, trascendentes y de valor humano y universal, la forma misma de la relación entre esos dos hombres maravillosos, el anciano Goethe y el joven Eckermann, es una lección universal de elevación y grandeza del nivel posible de encuentro humano, lejos de la trivialidad, de la desconfianza o de la hostilidad odiosa, tan frecuentes en la realidad cotidiana y política. Qué hermoso sería en nuestro tiempo de violencia y de utilitarismo pragmático, en nuestro tiempo de incremento de los medios de comunicación pública y de decaimiento de las formas de comunicación humana, en nuestro tiempo de vulgaridad y de masificación sin espíritu, en nuestro tiempo de rebeldías y vociferaciones, de cinismo y de falta de respeto a la ética superior, en nuestro tiempo de instrumentalización del hombre por el hombre, sin amor, de despersonalización, qué hermoso sería, en esta sórdida actualidad, aprender la lección universal de esta relación humana entre Goethe y Eckermann, dos grandes alemanes.